

CAPITULO V.

Del tercero grado de obediencia.

El tercero grado de obediencia consiste en conformar nuestro entendimiento y juicio con el juicio del superior, teniendo, no solo un querer, sino tambien un mismo sentir con lo que él siente, pareciéndonos que lo que él manda está bien mandado, sujetando nuestro juicio al suyo y tomándole por regla de el propio. Para entender la necesidad de este grado de obediencia, bastaba lo que decíamos al principio, que si esto no hay, no será la obediencia perfecta ni entera. Dicen los Santos que la obediencia es un holocausto perfectísimo, en el cual el hombre todo entero, sin dividir nada de sí, ni reservar nada para sí, se ofrece á su Criador y Señor en el fuego de la caridad por manos de sus ministros. Esta era la diferencia que habia en la Ley Vieja, del holocausto á los otros sacrificios, que de los demás parte se quemaba en honra de Dios, y parte se reservaba para el sustento de los sacerdotes y ministros del templo; pero el holocausto todo se quemaba en honra de Dios, sin reservar, ni guardar nada de él. Pues si no obedecéis con el entendimiento, ya ese no será holocausto, ni entera y perfecta obediencia, pues dejais de ofrecer la principal y mas noble parte de vos, que es el entendimiento y juicio. Y así decia nuestro Padre que los que solamente obedecen con la voluntad, y no con el juicio, no tienen sino un pie de la Religion (1).

El bienaventurado San Bernardo va declarando cuál y cómo haya de ser esta obediencia de entendimiento, prosiguiendo aquella historia de la conversion de San Pablo, y aplicándola á esto. Cuando San Pablo, espantado con la luz del cielo, se

convirtió y dijo: "Señor, ¿qué quieres que haga?" Respondió el Señor: "Entra en la ciudad, y allí te dirán lo que te conviene hacer (1). Dice San Bernardo (2): á esa traza, y para ese mismo fin fué el entrar vos en la Religion: no sin alto y divino consejo puso-os Dios temor y espanto de vuestra salvacion, y dió-os un deseo grande de servir á Su Magestad, y para eso os inspiró que entrádes en esta ciudad y en esta escuela de virtud: aquí os dirán lo que quiere Dios de vos, y qué es lo que habeis de hacer para agradarle. Pasa adelante la historia y dice que entrando San Pablo en la ciudad, abiertos los ojos no veia nada, si no era llevado y guiado de otros (3). Este, dice San Bernardo (4), es el dechado y modelo de la obediencia que ha de tener el religioso; eh esto consiste la perfeccion de ella, en que abiertos los ojos, no veais, ni juzgueis nada, sino que os dejéis llevar y guiar de vuestros superiores, poniéndoos del todo en sus manos: guardaos no se os vayan abriendo los ojos para vuestro mal como se le abrieron á Adán. Dice la Escritura Divina de nuestros primeros padres, que despues que pecaron, se les abrieron los ojos, y que conocieron que estaban desnudos, y tuvieron gran vergüenza de sí mismos. ¿Pues cómo? Antes del pecado, ¿no estaban tambien desnudos y tenían abiertos los ojos? Claro está que sí, porque no los crió Dios ciegos: pero no echaban de ver su desnudez, ni reparaban en eso, porque vivian en aquella santa simplicidad y pureza de la justicia original, como ángeles en la tierra: pues aquella santa simplicidad y perfeccion, que ellos perdieron por la desobediencia, habie-

(1) Ingredere civitatem, et ibi dicetur tibi, quid te oporteat facere. Actuum IX, 7.

(2) Bernard. serm. 1, in Convers. Apostoli Pauli.

(3) Apertis oculis nihil videbat: ad manus autem trahebatur ab his, qui comitabantur eum. Act. IX.

(4) Haec plene, fratres, perfectae conversionis forma est. Genes. III, 7.

(1) Lib. 5, cap. 4 de la vida de N. P. S. Ignacio.

mos nosotros de procurar imitar con nuestra obediencia en este paraíso de la Religion; que no tengamos los ojos abiertos para ver las faltas ajenas, y que aunque el otro descubra su falta y desnudez, no lo echemos de ver, ni reparemos en ello, y mucho menos en cosas que toquen á la obediencia.

San Juan Clímaco, tratando del cuidado y diligencia que en esto se ha de tener, dice que si nos vinieren algunos pensamientos ó juicios contra la obediencia, nos habemos de haber como cuando nos vienen pensamientos de blasfemias contra Dios y contra la fé ú otros feos y deshonestos, no dándoles lugar, ni entrada en ninguna manera, sino antes tomando de allí ocasion para confundirnos y humillarnos mas. San Gerónimo, escribiendo á un monje, instruyéndole cómo se habia de haber en la Religion, una de las cosas que le encarga mucho es esta: «Mira, dice (1), que no trates de juzgar, ni examinar los mandamientos y ordenaciones de los superiores, por qué mandaron eso ó aquello, y si fuera mejor de otra manera; porque eso no pertenece al súbdito, sino al superior.» San Basilio, exhortando á lo mismo, dice: «Aun allá en el mundo, cuando uno quiere aprender un oficio mecánico para ganar de comer, vemos que se pone con un maestro por aprendiz, y le está mirando á las manos, y obediéndole en todo lo que le dice, sin contradecirle, ni juzgarle en cosa alguna, ni pedirle razon de lo que le manda; y de esa manera sale buen oficial (2).» De Pitágoras leemos que mandaba á sus discípulos, que habiendo él dicho una cosa, no inquiriesen mas: y lo guardaban tan inviolablemente,

que en diciendo: «Él lo dijo ipse dixit, no habia mas.» ¿Cuánto mayor razon será que hagamos nosotros esto con el que es mas que Pitágoras, porque está en lugar de Cristo nuestro Señor, y que en viendo que una cosa es obediencia, no sea menester mas para sujetar luego nuestro juicio y creer que aquello es lo que conviene?

Eusebio Cesariense refiere que tenían una ley muy buena los lacedemonios, y era, que ninguno de los mozos que entraban de nuevo á gobernar fuese osado á disputar si las leyes eran buenas ó malas, ni buscarles inconvenientes, sino que rindiesen sus juicios y las mirasen como cosa dada por Dios; y bastase haberlas dado sus mayores y predecesores para tenerlas por muy justas: y que si á alguno de los ancianos se le ofreciese algun inconveniente por haberse mudado los tiempos, que no le propusiese delante de los mozos, sino que acudiese á los viejos que gobernaban, para que ellos viesen lo que convenia y no se les diese ocasion á los mozos de perder el respeto y veneracion á las leyes: que es, dicen, un grande mal para la república (1). Pues si aquellos filósofos gentiles querian que se tuviese tanto respeto á las leyes dadas por sus mayores, y les parecia que era esto tan necesario, mayor razon será que nosotros, cristianos y religiosos, tengamos esta reverencia y respeto á las ordenaciones y mandamientos de nuestros preladospirituales, fundados no solo en razon natural, como los de aquellos filósofos, sino en la luz de fé y en la gracia del Evangelio.

Nuestro Padre, en aquella carta maravillosa que escribió de la obediencia, va mostrando muy bien que, si no hay esta obediencia del juicio, es imposible que la obediencia de voluntad y ejecucion sea cual

(1) Non de majorum sententia iudices, cuius officii est obedire, et implere quae iussa sunt, dicente Moyses: audi Israel, et tace (Exod. VI, 3). Hier. epist. 4 ad Rusticum Monachum.

(2) Basil. in Constit. Monast., cap. 20.

(1) Eusebio Caesariense, de praeparatione Evangelii ex Platone.



conviene; y pone muchos daños é inconvenientes que se siguen de la falta de esta obediencia: á la cual carta me remito como á testo de todo lo que se puede decir en esta materia.

# CAPITULO VI.

De la obediencia ciega.

Decía nuestro bienaventurado P. San Ignacio (1), que así como en la iglesia militante ha Dios nuestro Señor abierto dos caminos á los hombres para poderse salvar; uno comun, que es de la guarda de los Mandamientos; otro, que añade á este los consejos evangélicos, que es propio de los religiosos: así en la misma Religion hay dos géneros de obediencia; uno imperfecto y comun, y otro perfecto y acabado, en el cual resplandece la fuerza de la obediencia y la virtud perfecta del hombre religioso. La obediencia imperfecta, dice, tiene ojos; mas por su mal: la perfecta es ciega, mas en esta ceguedad consiste la sabiduría. La una tiene juicio en lo que se le manda; la otra no: aquella se inclina mas á una parte que á otra; esta, ni á una, ni á otra, porque siempre está derecha, como el fiel del peso, igualmente dispuesta y preparada para todas las cosas que le mandaren. La primera obedece con la obra y resiste con el corazon, y así no merece el nombre de obediencia; la segunda hace lo que le mandan y sujeta su juicio y voluntad á la voluntad y juicio del superior, teniendo por bueno todo lo que por los superiores es ordenado, y no busca razones para obedecer, ni sigue las que se le ofrecen, antes obedece por sola esta consideracion que aquello es obediencia. Esta es la obediencia

ciega, tan usada y encomendada de los santos y maestros de la vida espiritual. No se llama ciega, porque hayamos de obedecer en cualquiera cosa que nos mandasen, ahora sea pecado, ahora no, que eso sería error, y lo declara espresamente nuestro Padre en las Constituciones (1); sino llámase ciega, porque en todas las cosas donde no se viere pecado, habemos de obedecer simple y llanamente, sin inquirir ni buscar razones de lo que nos mandan, presuponiendo que lo que se manda es santo y conforme á la divina voluntad, y contentándonos con sola esta razon, que es obediencia y me lo manda el superior. Y así Casiano llama á esta obediencia obediencia sin inquisicion, sin examen (2); porque no habeis de disputar, ni preguntar, ni examinar por qué, ni para qué, sino obedecer simplemente á lo que os mandaren. San Juan Climaco dice: «Obediencia es obra sin examen, muerte voluntaria, vida sin curiosidad, resignacion de su propio juicio y discrecion, no sin grande discrecion (3).» San Basilio, tratando cómo Cristo nuestro Redentor encomendó á San Pedro que apacentase sus ovejas (4), y en él á todos los superiores, dice (5) que así como las ovejas obedecen á su Pastor, y van por el camino que él quiere, así el religioso ha de obedecer á su superior é ir por el camino que él quiere, con mucha llaneza y simplicidad, como buena oveja, sin inquirir, ni escudriñar lo que le mandan.

San Bernardo habla muy bien de esta

- (1) P. III. Constit. cap. 1, § 23; et P. VI. c. 1, § 1, littera B. y en la carta de la obediencia.
- (2) Sine discussione, sine examine. *Casian. lib. 4, de instit. renuntiantium*, c. 1, 10, 24, 25, 26, 41; et *lib. 12 de spiritu superbiae* c. 32; et *collat. 18, c. 3; et collat. 2, c. 40.*
- (3) Obedientia est inexamatus, atque indiscusus motus, spontanea mors, vita curiositate carens, discretionis depositio inter divitias discretionis. *Climacus, gradu 4 in principio.*
- (4) Pasce oves meas. *Joann. XXI, 7.*
- (5) *Basilii, in Constitutione Monastico*, cap. 28.

(1) Lib. 5, cap. 4 de la vida de N. P. S. Ignacio.

obediencia ciega, y dice que esa es la perfecta obediencia: «La perfecta obediencia, especialmente en el que comienza, ha de ser indiscreta (1).» ¿Sabeis, dice, qué llamo indiscreta? de vuestra parte ha de ser indiscreta, esto es, que no queráis vos discernir, ni examinar para qué, ó por qué me mandan esto; sino que á ojos ciegos, con humildad y confianza obedezcáis, no mas de porque os lo mandan (2). Caro les costó á nuestros primeros Padres el querer inquirir y examinar la razon de lo que se les había mandado: por ahí les entró y derribó el demonio, y ese fué el principio de todo su mal y nuestro. Díceles: «¿por qué os mandó Dios que no comiédeses de todos los árboles del Paraíso (3)?» Responde Eva: «Porque por ventura no muramos (4).» Habíales dicho Dios determinadamente que en comiendo de aquel árbol morirían (5), y ya Eva lo pone en duda pareciéndole que aquella sentencia de Dios no sería absoluta sino conminatoria; disposicion manifesta para ser engañada, y así lo fué. Dícele el demonio: «Andad, que no morireis; antes, si comeis de este árbol, sereis como dioses, y sabreis el bien y el mal, y por eso os mandó Dios que no comiédeses de él, porque no supiédeses tanto como

él (1).» Dejóse Eva llevar del apetito de subir y ser mas de lo que era, y comió é hizo que Adán comiese. Pusieron á inquirir y examinar la causa de aquella obediencia, y de allí vinieron á comer y desobedecer, y á ser echados del Paraíso (2). Murieron luego muerte espiritual, porque pecaron mortalmente, y despues muerte corporal: y como al demonio le fué tan bien por allí, y echó tan buen lance, acométenos á nosotros muchas veces por ahí. Y así nos previene y avisa de esto el Apóstol San Pablo, diciendo: «Temo os engañe la serpiente antigua, como engañó á Eva, y os haga caer de la santa simplicidad (3).» Guardaos de la serpiente, no la tomeis por la cabeza, que os morderá; tomad lo que os mandan por el cabo, ejecutándolo sin inquirir ni examinar por qué ni para qué, y de esa manera la obediencia os será vara y regla de lo que habeis de hacer. Especialmente á los principios, dice San Bernardo (4), que importa mucho acostumbrarse uno á obedecer de esta manera, á ciegas y sin inquisicion ninguna; porque es imposible, moralmente hablando, que pueda durar en la Religion el que desde luego quiere ser muy prudente y saber la razon de todo. Pues ¿qué ha de hacer? ¿cómo se ha de haber? Háse de hacer tonto y necio para ser sabio. Y esta ha de ser toda su discrecion, que en las cosas de la obediencia no tenga ninguna discrecion ni juicio, porque eso de discernir y mirar las razones, por qué y para qué, es propio del superior;

- (1) Perfecta vero obedientia est, maxime in incipiente, indiscreta. *Bernardus epist. seu tractat. de vita solitaria ad Fratres de Monte Dei; et de ordine vitae, et morum institut. col. 12.*— Et *Greg. sup. lib. II. Reg. cap. 4*, dicit: «Vera obedientia, nec praepositorum intentionem discutit, nec praepcepta discernit, quia qui omne vitae suae iudicium majori subdidit, in hoc solo gaudet, si quod sibi praecipitur operatur; nescit enim iudicare quisquis perfecte didicerit audire: quia hoc tantum bonum putat, si praepceptis obediatur.» Idem *Cassianus ubi supra.*
- (2) Hoc est non discernere quid, vel quare praecipitur, sed ad hoc tantum niti, ut fideliter, et humiliter fiat, quod a majore praecipitur. *Bern. ubi sup.*
- (3) Cur praepcepit vobis Deus, ut non comederetis de omnifigno Paradysi? *Gen. III, 1.*
- (4) Ne forte moriamur. *Ibid.*
- (5) In quocumque enim die comederis ex eo, morte morieris. *Gen. II, 17.*

- (1) Nequaquam morte moriemini, sed eritis sicut dii scientes bonum, et malum. *Gen. III, 4.*
- (2) Discrovit, comedit, et inobediens factus est, et de Paradiso ejectus est. *Bern.*
- (3) Timeo autem, ne sicut serpens Evam seduxit, astutia sua, ita corrumpantur sensus vestri, et excendant a simplicitate, quae est in Christo. *II. ad Corinth. XI, 3.*
- (4) Novitum prudentem, incipientem sapientem in cella diu posse consistere, in congregatione durare, impossibile est. *Bern. epist. ad Fratres de Monte Dei, col. 6.*



y del buen súbdito no es sino abrazar con mucha humildad, simplicidad y confianza, lo que le ordenare el superior. La discreción, dice el Santo (1), ha de estar en el superior, en el súbdito la ejecución.

El glorioso Apóstol San Pablo pondera muy bien á este propósito la obediencia ciega del Patriarca Abraham en sacrificar á su hijo Isaac (2). Habiale Dios prometido (3) que multiplicaría su generación como las estrellas del cielo y como las arenas de la mar, haciéndole padre de muchas gentes; y no tenía mas de aquel hijo Isaac en quien se pudiese cumplir esta promesa, ni tenía esperanza de tener mas hijos, porque era ya viejo y su muger también; y aunque la hubiera, en el mismo Isaac le había Dios hecho la promesa (4); y con todo eso mandóle Dios que le sacrificase ese único y deseado hijo Isaac. No dudó en la obediencia, ni dudó tampoco del cumplimiento de la promesa que Dios le había hecho; sino con una obediencia ciega comienza á poner en ejecución lo que Dios le mandaba y alza ya el cuchillo para degollarle. “Contra la esperanza natural, tuvo esperanza (5);” venció la esperanza sobrenatural á la desconfianza natural que los ojos veían, pues veía que se quedaba sin hijo sacrificándole, y con todo eso no dudaba de la promesa de Dios (6), sino estaba muy cierto que se la había de cumplir, ó resucitando después á su hijo, ó de otra manera que él no entendía, ni sabía, dice el glorioso Apóstol San Pablo (7). Y agradó á Dios tanto esta obe-

(1) Stultus fiat, ut sit sapiens. — Et haec omnis sit ejus discretio, ut in hoc nulla sit ei discretio; et haec omnis sapientia ejus sit, ut in hac parte nulla ei sit. — Discernere superioris est, subditorum est obedire. *Ib.*

(2) Ad Rom. IV, 18.

(3) Gen. XV, 4; et Gen. XVII, 4.

(4) In Isaac vocabitur tibi semen. *Ad Rom. IX, 7.*

(5) Contra spem in spem credidit, ut fieret pater multarum gentium. *Ad Rom. IV, 18.*

(6) Non haesitavit diffidentia. *Ib.*

(7) Sed confortatus est fide, dans gloriam Deo;

diencia que luego allí le hizo la promesa que nacería Cristo de él y que de esa manera se había de multiplicar su generación como las estrellas del cielo: “Por mí mismo he jurado, dice el Señor, que porque así lo has hecho, y no perdonaste á tu hijo único por obedecerme, te echaré mi bendición y multiplicaré tu generación, para que sea como las estrellas del cielo y como las arenas del mar; se enseñoreará tu generación de las puertas de sus enemigos, y en tu generación serán benditas todas las gentes de la tierra, porque obedeciste á mi voz (1).” Dice San Gerónimo: mirad cuánto agradó á Dios la obediencia ciega de Abraham, pues así la premia y galardona; por un hijo que quiso sacrificar á Dios, le manda que cuente las estrellas del cielo, y de esa manera dice que se ha de multiplicar su generación (2). De aquí vinieron aquellos Padres antiguos á estimar tanto esta obediencia ciega, y á practicarla y ejercitarla tanto, que tenemos los libros llenos de ejemplos de esto, y muchos de ellos confirmados con milagros, para que entendamos cuánto agrada á Dios esta manera de obediencia.

Nuestro Padre siguiendo esta doctrina comun de los Santos, nos la declara con dos comparaciones muy propias y provechosas. “Cada uno, dice (3), de los que viven debajo de obediencia, haga cuenta que se ha de dejar llevar y regir de la divina providencia por medio del superior,

plenissime sciens, quia quaecumque promisit, potens est et facere. *Ib.*

(1) Per me metipsum juravi, dicit Dominus; quia fecisti hanc rem, et non pepercasti filio tuo unigenito propter me, benedicam tibi, et multiplicabo semen tuum, sicut stellas coeli, et velut arenam, quae est in littore maris: possidebit semen tuum portas inimicorum suorum; et benedicentur in semine tuo omnes gentes terrae, quia obedisti voci meae. *Genes. XXII, 16.*

(2) Cum unico non parcat in terris, stellas pro filiis annumerare jubetur in coelis. *Hieronimus, epist. de vera Circumcis.*

(3) P. VI. Constit. cap. 1; §. 1. Regul. 26 Summarii.

como si fuese un cuerpo muerto, que se deja llevar donde quiera y tratar como quiera. La cual comparación usaba el bienaventurado San Francisco y la repetía muchas veces á sus religiosos: “Ya somos muertos al mundo y á sus cosas (1).” Eso es ser religiosos, estar muertos al mundo, y por eso llaman muerte civil á la entrada en Religión; pues hayámonos como muertos. La señal de ser uno muerto es no ver, no responder, no sentir, no quejarse; pues no tengamos ojos para ver ni juzgar las cosas del superior; no tengamos réplicas ni respuestas para lo que ordena la obediencia; no nos quejemos ni nos sintamos cuando nos mandan lo que no nos dá gusto. Para el cuerpo muerto búscase lo peor de casa para vestirle y amortajarle, la sábana mas vieja y rota: así el religioso ha de querer el vestido más viejo y desechado; cada uno se ha de persuadir que lo peor de casa ha de ser para él, así en el vestido como en la comida, aposento y en todo lo demas; y si no tiene esto, antes se siente de ello, no está muerto ni mortificado.

Mas dice nuestro Padre, que nos habemos de dejar llevar y regir de la divina providencia, por medio del superior, como un báculo ó baston de un hombre viejo, que donde quiera y en cualquiera cosa que de él se quiera ayudar el que le tiene en la mano, de todo le sirve. Así como el báculo va donde le llevan, y donde le ponen allí asienta, y no tiene movimiento por sí, sino el que le dá quien le rige, así el religioso no ha de tener movimiento propio, sino dejarse regir y gobernar del superior; por donde le llevaren, por allí ha de ir; á donde le pusieren, allí ha de sentar el pié, ahora sea en el lodo, ahora en lo enjuto, ahora en lo alto, ahora en lo humilde, sin

resistencia, ni contradicción alguna. Si el báculo, que os ha de ser de ayuda y alivio para andar, os hiciese alguna resistencia y no quisiese asentar donde vos quereis, sino en otro cabo, en lugar de ayudaros os sería estorbo ó impedimento, y le arrojaríades de vos: así también, si cuando el superior se quiere ayudar de vos y poner os en tal lugar y en tal oficio y ocupación, resistís á la mano del superior y teneis movimiento contrario al suyo, de obra, voluntad ó juicio, en lugar de ayudar estorbareis, y seáis carga, y dareis en qué entender á los superiores, y desearán descargarse de vos, y echaros de sí y arrojaros á otra parte, y andarán paloteando con vos de casa en casa, porque no sois buen báculo, ni se pueden servir, ni ayudar de vos como quieren. Un báculo, por pasatiempo y recreación le toma uno para traerle en la mano, porque hace de él lo que quiere y juega de él como quiere. Así ha de ser el religioso, que sea placer traer os en la mano y mandar os, y que pueda el superior hacer de vos lo que quiere y gloriarse con el Centurion: “Tengo debajo de mí soldados, y digo á este que vaya, y vá; y á aquel que venga, y viene; y al otro que haga esto, y lo hace (1).”

San Basilio trae otra buena comparación para esto (2). Así como el oficial, que edifica ó hace alguna obra, usa de los instrumentos de su arte á su voluntad, y jamás hubo instrumento que no obedeciese muy fácilmente al artífice para que se sirviese de él como él quisiese, así el religioso ha de procurar ser instrumento útil en la Religión, para que el superior se sirva de él como le pareciere que conviene para

(1) Habeo sub me milites, et dico huic, vade, et vadit; et alii, veni, et venit; et servo meo, fac hoc, et facit. *Matth. VIII, 9.*

(2) Basil. in Constit. Monast. cap. 20 et 28.

(1) Mortui enim estis, et vita vestra est abscondita cum Christo in Deo. *Ad Colos. III, 1.*



el edificio espiritual, y en ninguna manera ha de resistir á lo que quisiere hacer de él. Y mas: asi como el instrumento no escoge en lo que ha de servir, asi tampoco lo ha de escoger el religioso, sino dejarlo á juicio y parecer del artifice, que es el superior. Y mas abajo, prosiguiendo esta comparacion, dice que asi como el instrumento no se mueve cuando está ausente el artifice, porque no tiene movimiento de suyo, sino solamente el que le da el oficial, asi el religioso no se ha de menear, ni hacer negocio ninguno sin parecer y orden del superior: ni aun en las cosas mínimas ha de tener señorío de sí, ni aun por un solo punto de tiempo: *ne ad punctum quidem temporis*, sino siempre y en todas las cosas ha de ser movido y gobernado del superior. Esta es la forma y traza de la obediencia que tenemos de tener en la Religión.

Acuérdome que decía un Padre muy grave (1), y que habia sido mucho tiempo superior en la Compañía, que quince años se le habian pasado en ella que no entendió que era menester dar razon de ninguna cosa de la obediencia: parecíale que hacia agravio al súbdito en darle razon de lo que le ordenaba. Procedian todos con tanta simplicidad y rendimiento, que no habia quien se pusiese á discurrir sobre las cosas que ordenaba el superior; sino en sabiendo «obediencia es,» sujetaban su juicio infiriendo «luego bueno es, lo mejor es, él sabrá el por qué.» Esto habemos de procurar llevar adelante; y los mas antiguos se han de aventajar y esmerar mas en ello, y no pensar que por esto tienen mas licencia para juzgar y examinar las obediencias y ordenaciones de los superiores.

De nuestro bienaventurado Padre San

(1) P. Antonio de Araoz.

Ignacio leemos (1) que, siendo ya general en la Compañía, dijo diversas veces que si el Papa le mandase que en el puerto de Hostia, que es cerca de Roma, entrase en la primera barca que hallase, y que sin mástil, sin gobernalle, sin vela, sin remos, y sin las otras cosas necesarias para la navegacion y para su mantenimiento, atravesase la mar, que lo haria y obedecería, no solo con paz, mas aun con contentamiento y alegría de su ánima. Y como oyendo esto un hombre principal se admirase y le dicese: «¿y qué prudencia sería esta?» Respondió: «La prudencia, señor, no se ha de pedir tanto al que obedece y ejecuta, cuanto al que manda y ordena.»

#### CAPITULO VII.

De la obediencia que se ha de tener en las cosas espirituales.

No solamente habemos de sujetar y rendir nuestro juicio y parecer en las cosas que parecen conformes á nuestra carne y sangre, sino tambien en las que le son contrarias y de suyo muy espirituales y santas. No piense nadie que en esas cosas tiene licencia de apartarse de la voluntad y juicio del superior; antes ahí es mas necesaria esta obediencia de juicio, porque como las cosas espirituales son tan altas, será mayor el peligro y la caída si no llevamos guia. Y en tanto grado es esto verdad, que viene á decir Casiano (2) que con ningún otro vicio trae tanto el demonio al monge á despenarse en su perdición, como cuando le persuade que, despreciados los consejos de los mas ancianos, se fie en su juicio, resolucion y ciencia. Y trae Casiano y

(1) Lib. 5, cap. 4 de la vida de N. P. San Ignacio.  
(2) Cassian. collat. 2 abbatibus Moyses, cap. 12.

tambien San Juan Climaco (1) muchos ejemplos de monjes, que eran muy espirituales y muy dados á la oracion y ya antiguos y viejos; y por fiarse de su propio juicio, y quererle regir y gobernar por él, vinieron á ser muy gravemente engañados del demonio. A uno le hizo que viniese á querer sacrificar á su hijo que estaba juntamente con él en el monasterio, haciéndole creer que sería otro Abraham; y pusiérase por obra, sino que el muchacho, viéndole aguzar el cuchillo y preparar los cordeles para atarle, sospechándolo, huyó. A otro le vino á traer á que se despeñase, persuadiéndole que sería mártir y que se iria luego derecho al cielo. De Heron monje, cuenta Casiano, que era de tanto recogimiento y abstinencia, que aun el día solemne de la Pascua, cuando los demas monjes se juntaban en la iglesia y tomaban alguna recreacion y comian alguna cosa mas, él no queria salir de su celda, ni quebrantar su abstinencia, añadiendo siquiera algunas yervas, sino su comida era siempre pan y agua, y eso con mucha medida; y vino con esto á engendrarsele una soberbia y un juicio propio tan grande, que le persuadió el demonio que era tan santo que ya para él no habia peligro ninguno en esta vida, y que aunque se echase en un pozo, no se haria daño alguno, sino que los ángeles le recibirian en palmas para que no se hiciese mal. Y asi una noche se echó en un pozo muy hondo para probar su virtud y merecimientos grandes; pero hirióse malamente y murió de ello al tercero día. Acudieron luego los monjes al ruido, y con grande trabajo le sacaron medio muerto, y con ver al ojo el daño que habia recibido, y persuadirle todos que se arrepintiese, no hubo remedio de que creyese que habia sido ilusion, y así acabó mi-

serablemente. Para que por aquí entendamos el peligro grande que hay en fiarse uno de su propio juicio, y no se rendir y sujetar á quien debe, y esto por muy antiguo y espiritual que sea. Y asi vino á decir un Santo, y con mucha razon, que el que se cree á sí mismo, no ha menester demonio que le tiente, porque él es demonio para sí.

San Crisóstomo dice (1) que el que se fia de su propio juicio, por muy espiritual que sea, está á mayor peligro de errar que el muy principiante que se deja guiar y gobernar por otro; y compara al primero á un gran piloto que, fiado de su destreza, se entrase en medio de la mar en un navío sin remos, ni velas; y al segundo, al que no sabiendo nada de la facultad, se fiasse de un muy diestro marinero que en su navío muy aprestado le pasase.

Pues no se engañe nadie pareciéndole que en cosas espirituales, como en ayunos, oraciones y otras penitencias y mortificaciones, se puede apartar de la obediencia y guiarse por su propio juicio; porque, como nota muy bien Casiano (2), una misma manera de desobediencia es quebrar el mandamiento del superior por gana de trabajar como por gana de estar ocioso. Y San Basilio dice: «Id siempre muy fundado en este principio, que no habeis de hacer cosa alguna, por buena que os parezca, contra el parecer y voluntad del superior; porque ya no sois vuestro, sino de la Religión; y asi eso será hurto, y aun sacrilegio, porque es de cosa que estaba ya dedicada y ofrecida á Dios;» y da una buena razon: «si lo que haceis es bueno y cosa que os conviene; ¿para qué lo quereis hacer á escondidas y sin licencia (3)?» Tanto de-

(1) Chrysost. hom. 7, super 1. epist. ad Cor.

(2) Cass. collat. 4 abbatibus Daniel, cap. 20.

(3) Hoc apud te constanter teneto, ut nihil omnino quidquam praeter illius sententiam facias; quid enim eo insciente facis, id furtum, et sacrile-

(1) Cassian. ubi sup. cap. 5 et sequent. — Climacus, gradu 4.